

LIVE



El primero pude ignorarlo. Una foto vieja, perdida entre publicaciones que nadie encuentra por accidente. El segundo me hizo sonreír. Para cuando llegó el tercero entendí que había bajado demasiado en mi perfil y quería que yo lo supiera. No eran likes; eran tres golpes discretos en una puerta cerrada.

Entré al suyo, pero no devolví ninguno. Preferí dejarla con la duda. Poco después apareció su mensaje: «¿No vas a decir nada?». Sonreí. Tres corazones habían conseguido lo que meses de seguirnos en silencio no pudieron: dejar de fingir que nunca nos habíamos mirado.

La conversación empezó jugando. Le pregunté cuánto tiempo llevaba investigándome y respondió que solo estaba mirando. Le recordé que aquella foto tenía casi dos años. «Entonces miré bastante», contestó. Desde ahí, las respuestas llegaron más rápido y las preguntas empezaron a parecerse menos a preguntas.

Quiso saber dónde estaba aquella noche, por qué llevaba esa camisa y por qué nunca había vuelto a subir una foto así. Le pregunté qué exactamente le había gustado. Tardó unos segundos: «No sé si debería decírtelo». No insistí. Algunas respuestas son mejores cuando uno tiene que imaginarlas.

Esa noche descubrimos que ya nos habíamos encontrado antes sin hablarnos: historias vistas demasiado rápido, publicaciones revisadas más de una vez y silencios ahora evidentes. Ella dejó la primera señal. Yo seguí hablando hasta que su nombre empezó a sentirse demasiado bien en mi pantalla.

Días después, cuando finalmente la tuve frente a mí, le pregunté por qué habían sido exactamente tres. Sonrió, se acercó lo suficiente para hacerme bajar la voz y respondió: uno podía parecer accidente, dos curiosidad... pero tres eran una invitación. Ahí entendí que la historia había empezado antes del «hola», cuando decidió bajar hasta mi pasado y tocar tres veces la puerta.